

Coincidencias y divergencias

1. SOBRE LA SHOAH

“**N**o comparto la manera con que hoy día se piensa en el exterminio de los judíos bajo el III Reich, como la que populariza D.J. Goldhagen en el prefacio de la edición alemana de su obra (*Los verdugos voluntarios de Hitler. Los alemanes ordinarios y el Holocausto*, París, Seuil, 1997). Si Hitler y los nazis, dice él, no hubiesen llegado al poder, el Holocausto no hubiera ocurrido. Si Alemania no hubiese sufrido una grave crisis económica, etcétera. Sobre la base de una filosofía de la historia tan expeditiva y de una doctrina de la causalidad, ciertamente muy común entre los ‘*political scientists*’, pero muy pobre y rayando al absurdo –doctrina apoyándose sobre acontecimientos ‘de los cuales ninguno era inevitable’(!)–, no veo que la interrogación pueda llegar sino a la reducción de *lo que tuvo lugar* a una espantosa anécdota, infamante para Alemania, pero finalmente incomprensible a la escala de la cultura de Occidente”.

Pierre Legendre, “La Breche. Remarques sur la dimension institutionelle de la Shoah”, en *Rechtshistorisches Journal*, 17 (1998), 226 pp.

A propósito del libro de David L. Kertzer, *The Popes Against the Jews. The Vatican's role in the rise of Modern Antisemitism*, Nueva York, Knopf, 2001. Owen Chadwick concluye: “Kertzer es especialmente exitoso en mostrar que el Vaticano escogió muy mal a sus empleados menores. El peor caso fue el del sacerdote francés Ernest Jouin, uno de los líderes del antisemitismo francés. Benedicto XV lo nombró entre sus capellanes domésticos en 1914. Los peores

brotos antisemitas de Jouin vinieron después, pero podía vanagloriarse del honor que le había hecho un Papa. El papa siguiente, Pío XI, le concedió una audiencia y –pretendía Jouin– lo felicitó por su buen trabajo; luego subió un escalón más en el Vaticano, como protonotario apostólico. Lo más probable es que el Papa no haya leído una palabra de Jouin, pero el cardenal Gasparri, jefe de la administración civil, debió estar al tanto de los artículos de Jouin y de las consecuencias de aquellos pequeños apoyos a su reputación [...] Lo que Kertzer no demuestra es la conexión entre eso y su tesis ligando Vaticano y Holocausto. A Heydrich, el principal diseñador de la estrategia exterminadora, no le interesaba la teoría racial, lo único que le interesaba era el poder. No hay la menor prueba de que un prejuicio católico haya tenido el menor efecto sobre él. Alfred Rosenberg, otro nazi promotor del antisemitismo, tomaba de vez en cuando algún material de los católicos fanáticos, pero aborrecía a los papas no menos que a los judíos y a los bolcheviques. Creía que los papas habían contaminado a la humanidad propagando el sentimiento de pecado”.

El Holocausto nació en Alemania, con raíces que se hundían en el siglo XIX alemán. No nació en los últimos años de la ruinosa Roma de los papas, tampoco en el antisemitismo de algunos miembros del clero. Sin embargo, el libro de Kertzer es apreciable. Muestra hasta qué punto los fanáticos antisemitas eran tolerados por el catolicismo de los siglos XIX y XX.

Su punto pide una respuesta. (Reseña “Bad for the Jews”, publicada en *New York Review of Books*, 28 de marzo de 2002, p. 16).

Suiza

La comisión de historiadores creada por el Parlamento entregó la versión final de un documento sobre el papel de Suiza durante la segunda guerra mundial. *Suiza, el nacional-socialismo y la guerra mundial. Informe final*, el cual suma 12 000 páginas en 25 tomos.

Una de sus conclusiones es que “la política excesivamente restrictiva para con los que huían del nazismo contribuyó a la realización de la meta más atroz de los nazis, el Holocausto”. En cuanto a la cooperación económica y financiera con los nazis, fue una violación de la neutralidad suiza. La comisión Bergier

critica finalmente la tardanza en restituir los bienes de la víctimas de los nazis a sus herederos (*Le Monde*, 24 de marzo 2002, p. 5).

El papel de la Iglesia católica

En septiembre de 2001 se rompió un diálogo de tres años entre historiadores judíos y católicos, con el Vaticano, para apurar el contencioso papel de Pío XII entre 1938 y 1945.

A las declaraciones del jesuita Peter Gumpel con fecha 7 de agosto, Michael Marrus, Bernard Sucheky y Robert Wistrich contestaron el 4 de septiembre con una dura carta al cardenal Walter Kaspar.

El 16 de febrero de 2002, en una sorpresiva decisión, Juan Pablo II esquivó la resistencia de sus burócratas y declaró su intención de abrir los archivos sobre las relaciones entre Alemania y el Vaticano durante el papado de Pío XI (1922-1939), cuando el futuro Pío XII era nuncio en Berlín. Seymour Reich, coordinador de la comisión histórica judeo-católica suspendida en septiembre de 2001, recibió la noticia con gusto, pero dijo que no era suficiente. Habría que esperar tres años más para la apertura de los fondos 1940-1945. Por cierto, el historiador sigue y seguirá esperando la apertura de los fondos de 1922 en adelante para México y el conflicto religioso. La apertura vale sólo para Berlín y Roma.

2. SOLZHENITSYN, RUSIA Y LOS JUDÍOS

El gran Alejandro acaba de publicar en ruso un libro notable: *Dos siglos juntos 1795-1995 (Dvesti let vmeste*, Moscú, Russkii put, 2001, p. 509,). Lo leí con curiosidad y con un interés creciente que terminó en pasión, pasión exacerbada por el hecho de que el libro termina en 1917, anunciando un tomo II para el periodo 1917-1995.

A Solzhenitsyn, sus numerosos enemigos, ahora más numerosos fuera de Rusia que dentro, le han hecho la fama de monarquista, fundamentalista, anti-semita. Tres falacias, para no decir tres calumnias. Ahora bien, parece que los lectores no leemos el mismo libro. Daniel Vernet, buen conocedor de la URSS

difunta, concede que Solzhenitsyn quiso “hacer obra de historiador al proponer un relato de las relaciones entre judíos y rusos que ‘pueda satisfacer las dos partes’ (cita a Solzhenitsyn). Estima Solzhenitsyn que la ‘potencia’, el ‘desarrollo’ y el ‘talento’ de los primeros han ‘penetrado la conciencia’ de los segundos”. Pero Vernet concluye que “la lectura de su libro deja un extraño malestar que uno resumiría en una frase lapidaria [...]: Solzhenitsyn no es antisemita, es ruso. Limpia a su querida Rusia de jamás haber sido hostil a los judíos [...] Siempre desbordante de compasión para su querido pueblo ruso, Solzhenitsyn añade: ‘¿Serán los judíos los que conquistaron al alma rusa o bien los rusos no sabían que hacer con ella?’” (*Le Monde des livres, Le Monde*, 27 de marzo 2002).

Geoffrey A. Hosking, historiador de Rusia, emite un juicio totalmente diferente en el *Times Literary Supplement* (I de marzo de 2002, pp. 3-4) desde el título de la reseña: “Una relación de amor y odio. Rusia y los judíos; Solzhenitsyn revisa una versión tradicional”. Para Hosking el libro es “un trabajo fascinante, escrito con toda la chispa y la invención lingüística del autor. Simpatiza –sin dejar de ser crítico– con los judíos y desprecia la debilidad del gobierno y la inconstancia de la opinión pública rusa”. Como profesional, Hosking saluda la documentación trabajada por Solzhenitsyn, y concluye: “Ve a los judíos como un pueblo superdotado y enérgico, cuyos talentos contribuyeron mucho al desarrollo de Rusia, pero que fue tratado con titubeo, ambivalencia y disgusto por un régimen que perdía el control y demostró no ser digno de regir un gran imperio. No hay nada de antisemita en esa visión; más bien Solzhenitsyn sale más anti-ruso. Será interesante ver cómo tratará en el tomo siguiente la historia no menos polémica de los judíos en la Unión Soviética. Mientras, esperamos que ese libro fuerte y perspicaz sea pronto traducido al inglés”. Y al español. Jean Meyer comparte plenamente el juicio de Geoffrey A. Hosking.

3. MEMORIA Y AMNISTÍA

Jorge Semprun toca el tema en *Federico Sánchez se despide* (Barcelona, Tusquets, 1993, pp. II-III).

“El hecho es que esta amnesia colectiva, en parte instintiva, espontánea, en parte deliberada, políticamente orquestada por los partidos que han condu-

cido la “transición de terciopelo”, es uno de los datos esenciales de este último decenio. No ha habido en España ni depuración, ni comisiones de encuesta, ni polémica política masiva en torno de la guerra civil de 1936-1939, que sigue siendo, sin embargo, el acontecimiento histórico más importante de este siglo [...]

“El consenso pacificador que ha prevalecido hasta la fecha, y cuyos resultados han sido en su conjunto positivos, ¿será suficiente para abordar el periodo que comienza, que es el periodo de la institucionalización real y dinámica de la democracia, ahora confirmada? ¿No es precisamente la democracia el sistema que se nutre y se desarrolla en función de sus conflictos internos, asumidos y gestionados en la transparencia social de una participación ciudadana? ¿No habrá llegado el momento de dominar colectivamente el “retorno de lo reprimido”, de salir de nuestra amnesia voluntaria de los contenidos de la guerra civil, para abordarlos, en fin –sin espíritu de retorno, de revancha o de rencor, naturalmente–, con la voluntad de un avance social que no tenga en cuenta ni los mitos del pasado ni los silencios u olvidos del presente?”

Ese problema sigue siendo el de Turquía que ha protestado contra la película de Atom Egoyán, el director canadiense de origen armenio. *Ararat*, interpretada por Charles Aznavour, representa por primera vez el genocidio armenio –jamás reconocido por el Estado turco–, perpetrado en 1915 en las provincias orientales del imperio otomano durante la primera guerra mundial. El anuncio de su presentación en el festival de Cannes provocó una movilización sin precedente en Turquía.

Francia sigue desde hace algunos años los consejos de Semprun y enfrenta abiertamente la guerra de Argelia (1954-1962) y sus antecedentes. Los servicios históricos del ejército no sólo no han frenado ese movimiento, sino que lo han apoyado con toda su documentación. Un buen resumen de la situación memorial o historiográfica actual se encuentra en *Le Nouvel Observateur*, núm. 1947, del 28 de febrero al 6 de marzo de 2002, “Les derniers secrets de la guerre d’Algerie”. Pero el diluvio de publicaciones de todo tipo sigue y seguirá.

Alemania, gracias a su gran escritor Günter Grass, abre de repente los roperos. Su última novela, *Im Krebsgang* (Steidi Verlag, 2002) tomó a todo el mundo por sorpresa. El maldito izquierdoso, el malinchista enemigo de Alemania se

atreve a tocar el tema tabú de los sufrimientos del pueblo alemán al final de la segunda guerra mundial; tabú, porque un pueblo culpable habría recibido su merecido. Recuerdo a un gran escritor alemán, poco conocido fuera de Alemania, quizá olvidado en su patria, Ernst Wiechert, quien en los años cincuenta contó el Apocalipsis vivido por los habitantes de Prusia oriental en el invierno de 1944-1945: *Misa sine nomine...* El autor de *El tambor de hojalata*, en su *Caminata del cangrejo*, cuenta el hundimiento por un submarino soviético de un barco alemán en el Báltico, en enero de 1945.

De los 10 000 refugiados amontonados en el buque, mujeres y niños en su mayoría, pocos sobrevivieron: 1 200. El equivalente de seis *Titanic*. Hasta leer a Grass, Alemania se había vuelto amnésica, “porque los crímenes alemanes eran y son tan dominantes que no tuvimos la energía para hablar de nuestros sufrimientos” (G. Grass). Tan pronto como salió el libro, los gatos dejaron de estar encerrados. El gran semanario *Spiegel* dedicó varios números especiales (marzo-abril 2002) a *La Fuga (die Flucht)* de los 13 millones de alemanes que huyeron de la terrible venganza del ejército soviético que costó dos millones de muertos (muerte violenta, hambruna, campos de concentración). Testimonios, fotografías, relatos, acaban con el silencio y la amnesia voluntaria de 56 años. El historiador Ulrich Wehler afirma, como Semprun, que la conciencia de esa historia es libertadora y necesaria para el funcionamiento de una sociedad democrática.

Casi al mismo tiempo resurgió el fantasma de los *Sudetes*, esas provincias checas pobladas de alemanes desde la Edad Media y “étnicamente limpiadas” en 1945. Prendió una amarga polémica entre Chequia y Austria, a la cual se sumó Hungría: tres millones de alemanes y cien mil húngaros habían sido expulsados y ahora Viena y Budapest exigen que Praga cancele los decretos de 1945. La cuestión podría afectar la ampliación de la Unión Europea. ¿Quién dice que la historia es fría? 